

desempeñaban ciertos cargos civiles. Hasta 1688 los reyes de armas provinciales «inspeccionaban sus provincias y recibían para ello comisiones del soberano; en sus visitas registraban debidamente en los archivos del colegio de heraldos, los certificados de defunción, las genealogías, los matrimonios de la nobleza y de la *gentry*.» Estos documentos eran fehacientes ante los tribunales de justicia. Es evidente que por cuanto los agentes eclesiásticos y políticos se apoderaron de estas diversas funciones, á ellos se debió el que estos dos géneros de autoridad concurrieron á reducir el aparato ceremonial á los restos que todavía hoy pueden verse, es decir, á un colegio de heraldos casi olvidado y á los funcionarios de la corte que presiden las relaciones con el soberano.

Antes de pasar á una exposicion detallada de las diversas partes del gobierno ceremonial conviene reasumir el exámen sumario que de este punto acabamos de hacer.

El género de gobierno de la clase que llamamos ceremonial, precede á los gobiernos civil y eclesiástico. Tiene sus comienzos entre los tipos vivientes inferiores al hombre; se le comprueba entre los salvajes que no tienen ninguna otra clase de gobierno; toma con frecuencia un gran desarrollo en los países en que los demás géneros de gobierno están poco avanzados; siempre se reproduce espontáneamente en los individuos en toda sociedad; finalmente, comprende las formas de autoridad más definidas que ejercen la Iglesia y el Estado. Lo que igualmente demuestra que el gobierno ceremonial es primitivo, es ante todo, que los gobiernos religioso y político casi no hacen más que conservar las ceremonias en uso instituidas en honor de ciertas personas vivas ó muertas; los códigos de leyes impuestas por la autoridad civil y los de moral promulgados por la autoridad religiosa aparecen más tarde. Todavía hallamos otra prueba de ello en que las tres autoridades social, política y religiosa, poseen ciertos elementos en comun; porque las formas que es necesario observar en las relaciones sociales se hallan también en las políticas y religiosas, en las formalidades del homenaje y en las del culto. Y lo que es más significativo aun, en la mayor parte de las ocasiones, pueden referirse las ceremonias á actos manifiestamente anteriores á toda legislacion civil ó eclesiástica. En lugar de tener por causa una prescripcion impuesta ó consentida, lo que implicaría que la organizacion necesaria para hacer é imponer las reglas preexistia; derivan, por via de modificacion, de actos que el hombre realiza para fines relativos á su persona; lo que prueba que nacen de la conducta del individuo antes que exista ninguna clasificacion social capaz de regirla. Finalmente, observamos que cuando un

jefe político se eleva, el cual para exigir la dependencia es él mismo su propio maestro de ceremonias, y reúne bien pronto en torno suyo servidores que practican actos propiciatorios á los cuales dá su repeticion, precision y fijeza, desde este momento existen oficiales de ceremonias. Si al mismo tiempo que crecen las organizaciones que imponen las leyes civiles y promulgan los preceptos morales, decae la organizacion ceremonial hasta el extremo de que no se la llega á distinguir, no es con todo ménos cierto, que en sus primeros tiempos el cuerpo de funcionarios que dirigen la propiciacion de los jefes vivos, de los supremos y de los subordinados, homólogo al de funcionarios que dirigen la de los jefes divinizados despues de su muerte, tanto principales como secundarios, constituye un elemento considerable de la estructura social. En fin, la organizacion ceremonial no se extingue sino cuando los aparatos, político y eclesiástico, que ejercen una autoridad más definida y sobre mayor número de detalles, usurpan sus funciones.

Bajo estas ideas generales, examinemos ahora los diversos elementos del gobierno ceremonial. Los estudiaremos bajo los nombres de trofeos, mutilaciones, presentes, saluciones, cumplimientos, títulos, insignias, maneras, pasado y porvenir de las ceremonias.

TROFEOS

El triunfo, de cualquier clase que sea, es una causa de satisfaccion; se aprecian mucho las señales que marcadamente lo atestiguan, porque proporcionan aplausos. El *sportsman* que relata sus triunfos cuando la ocasion se presenta, conserva cuanto puede los despojos de los animales muertos en la caza. ¿Es pescador? hace muescas de tiempo en tiempo en el mango de su caña para mostrar el número y longitud de los salmones pescados, ó conserva en un bocal la trucha colosal que acaba de sacar del Támesis. ¿Ha perseguido al ciervo? vereis en su *hall* ó en su comedor la cabeza del animal, y la estima en mucho cuando las astas á ella unidas están provistas de muchos «cuernos.» Si ha obtenido triunfos en la caza del tigre, apreciará mucho más las pieles de estos animales que atestiguan su valor.

Trofeos de esta clase, aun entre nosotros, dan al que los posee influencia sobre los que le rodean. Un viajero que ha traído del Africa un par de colmillos

de elefante ó el cuerno formidable de un rinoceronte ya crecido, produce á los que con él se relacionan el efecto de un hombre valeroso y de recursos, de un hombre con el cual no conviene gastar chanzas. Adquiere, pues, una especie de autoridad.

Naturalmente, los hombres primitivos, los que llevan una vida depredadora, y cuyo valor respectivo consiste en su fuerza y su destreza en la caza, estiman todavía más los trofeos animales: entre ellos, los trofeos contribuyen mucho á honrar y dar influencia. De esto nace que en la isla de Vate, el número de osos de todas clases colgados en la casa de un individuo es la indicación de su clase (1). Se nos cuenta que el guerrero shoshone que «mata un oso gris, tiene por ello el derecho de vestir los despojos, porque es grande hazaña matar uno de estos terribles animales, y solo el que la ha realizado tiene derecho de llevar las insignias supremas de la gloria, la pata ó las garras de la víctima (2).» Entre los Mihmis, «en la casa de un jefe poderoso, penden de las paredes del corredor muchos centenares de cráneos de animales, y se calcula la riqueza del jefe por el número de estos trofeos; se les utiliza en estas tribus como moneda corriente (3).» Entre los Santals «existe la costumbre de transmitirse estos trofeos (cráneos de animales, etc.) de padre á hijo.» Asiéndonos de este indicio que los hechos nos proporcionan, comprendemos el porqué la habitación del rey de los Kussas «no se distingue de las demás sino por una cola de león ó de pantera que pende de la punta del techo (4),» casi no nos es posible dudar de que este símbolo de realza fuese en un principio un trofeo enarbolado por un jefe que debía el rango supremo á su valentía.

Pero como entre los pueblos no civilizados y semi-civilizados, los hombres son enemigos mucho más temibles que los brutos, y como las victorias alcanzadas sobre los hombres dan, por lo tanto, ocasión á triunfos mayores que la conquista de animales, dedúcese de ahí que las pruebas de estas victorias son ordinariamente más apreciadas. Un valiente al volver del combate no consigue un gran honor si las hazañas con que se envanece no se apoyan en hechos; pero si en prueba de que ha matado á su hombre, se lleva consigo una parte de él, sobre todo, si este es único en el cuerpo, crece su nombre en la tribu y se aumenta su poderío. Por consecuencia, establécese la costumbre de conser-

(1) Rev. W. Turner. *Nineteen Years in Polynesia*, London, 1861, 393.

(2) Bancroft. *The Native Races of the Pacific States of North-America*. London, 1875, I, 438.

(3) T. Cooper. *The Mishmee*. London, 1873, 190.

(4) H. Lichsteinstein. *Travels in South Africa, trans.* London, 1812. 15, 280.



GEDEON Y LOS SOLDADOS MADIANITAS

de elefante o el cuerno formidable de un búfalo, produce á los que con él se relacionan el efecto de los recursos y de recursos, de un hombre con el cual no conviene gastar palabras, porque, pues, una especie de autoridad.

Naturalmente, los hombres primitivos, los que llevan una vida depredadora, y cuyo valor respectivo consiste en su fuerza y su destreza en la caza, estiman todavía más los trofeos animales: entre ellos, los trofeos contribuyen mucho á honrar y dar influencia. De esto nace que en la isla de Vate, el número de osos de todas clases colgados en la casa de un individuo es la indicación de su clase (1). Se nos cuenta que el guerrero shoshone que mata un oso gris, tiene por ello el derecho de vestir los despojos, porque es grande hazaña matar uno de estos terribles animales, y solo el que la ha realizado tiene derecho de llevar las insignias supremas de la gloria, la pata ó las garras de la víctima (2). Entre los Mihmis, «en la casa de un jefe poderoso, penden de las paredes del corredor muchos centenares de cráneos de animales, y se calcula la riqueza del jefe por el número de estos trofeos; se les utiliza en estas tribus como moneda corriente (3).» Entre los Santals «existe la costumbre de transmitirse estos trofeos (cráneos de animales, etc.) de padre a hijo.» Atendiendo de este indicio que los hechos nos proporcionan, comprendemos el porqué la habitación del rey de los Kussis «no se distingue de las demás sino por una cola de león ó de pantera que pende de la punta del techo (4),» casi no nos es posible dudar de que este símbolo de realeza fuese en un principio un trofeo enarbolado por un jefe que debía el rango supremo á su valentía.

Pero como entre los pueblos no civilizados y semi-civilizados, los hombres son enemigos mucho más temibles que los brutos, y como las victorias alcanzadas sobre los hombres dan, por lo tanto, ocasion á triunfos mayores que la conquista de animales, dedúcese de ahí que las pruebas de estas victorias son ordinariamente más apreciadas. Un valiente al volver del combate no consigue un gran honor si las hazañas con que se envanece no se apoyan en hechos; pero si en prueba de que ha matado á su hombre, se lleva consigo una parte de él, sobre todo, si este es único en el cuerpo, crece su nombre en la tribu y se aumenta su poderío. Por consecuencia, establécese la costumbre de conser-

(1) R. W. Taylor, *Western Tribes of America*, 1884, p. 221.
(2) Bancroft, *The Native Races of the Pacific States of America*, 1885, t. 1, p. 475.
(3) T. Cooper, *The Kussis*, London, 1875, p. 125.
(4) H. H. Johnston, *The Kussis*, London, 1875, p. 125.



GEDEON Y LOS SOLDADOS MADIANITAS

var trofeos para enseñarles y robustecer la influencia personal que se posee. Entre los Achantis «los vencedores llevan consigo las más pequeñas articulaciones, los huesos más diminutos y los dientes de los hombres que mataron (1).» Entre los Ceris y los Opatas del Norte de Méjico «hay muchos que cuecen la carne de sus prisioneros para comerla y guardan sus huesos para hacer trofeos con ellos (2).» En otra raza mejicana «los Chichimecas, los guerreros llevan consigo un hueso en el cual hacen una muesca cuando matan á un enemigo, para conservar memoria del número de sus víctimas (3).»

Ahora que hemos visto el sentido del acto de adoptar trofeos, examinemos las diversas formas de este acto.

De todas las partes cortadas del cuerpo de las víctimas del combate, la que más generalmente se toma es la cabeza, probablemente porque la cabeza del enemigo es la más irrecusable prueba de la victoria.

No tenemos necesidad de ir muy léjos para hallar ejemplos de esta práctica y de los motivos que la sugieren. Hallámoslos en un libro que está al alcance de todos. Leemos en los *Jueces*, (VII, 25), el siguiente pasaje: «Y ellos prendieron á los dos jefes de los Madianitas, á saber, Oreb y Zeéb, y mataron á Oreb en la peña de Oreb, pero mataron á Zeéb en el lagar de Zeéb, y persiguieron á los madianitas y llevaron las cabezas de Oreb y de Zeéb á Gedeon, á la parte de acá del Jordan.» David corta la cabeza de Goliath y la lleva á Jerusalem. Igual costumbre existía en Egipto. En Abu-Simbel se vé una imagen de Ramsés II llevando una mazorca de doce cabezas. Si razas superiores como estas últimas tienen la costumbre de llevarse las cabezas á guisa de trofeos, no debe sorprendernos el hallarla entre todas las razas inferiores del globo. Los Chichimecas de la América del Norte «clavan las cabezas de los vencidos al extremo de una pértiga y las pasean por sus aldeas en señal de victoria mientras sus habitantes bailan alrededor de estos despojos (4).» En la América del Sud los Abipones traen de la batalla cabezas «atadas á su silla (5),» y los Mundrucus «adornan sus toscas y miserables cabañas con estos horribles trofeos (6).» Entre los Malayos-polinesios que tienen la misma costumbre, pueden citarse los

(1) John Beecham. *Ashantees and the Gold Coast*. London, 1841.

(2) Bancroft. *The Native Races, etc.*, I, 582.

(3) Id. *ibid.* I, 629.

(4) Bancroft. *The Native Races of the Pacific States of North America*, London, 1875. I, 629.

(5) M. Dobrizhaffer. *Account of the Abipones of Paraguay*, London, 1868. II, 408.

(6) J. Henderson. *History of Brasil*. London, 1829. 475.